

# DON JOSÉ MARÍA DE SALAZAR Y LA BANDA ORIENTAL DEL RÍO URUGUAY

Alejandro Nelson BERTOCCHI MORÁN  
Historiador Naval

El 30 de junio de 1809 la fragata *Proserpina* echaba el ancla en la bahía de Montevideo en pleno rigor del invierno meridional. A su bordo viajaban el novel virrey del Río de la Plata don Baltasar Hidalgo de Cisneros, recientemente nombrado por la Junta sevillana, y el capitán de navío don José María de Salazar, comandante del buque y nuevo jefe del Apostadero Naval en esta ciudad.

Para el veterano de Trafalgar, quizá no hubiere cargo más honroso, pero en tal caso más difícil, ya que debería enfrentar una situación política muy complicada en vísperas de un estallido que primero llevará a la insurgencia y luego a la misma independencia. En tamaña expectativa, Cisneros poco podrá hacer y será arrollado por los acontecimientos que desembocarán en el Cabildo Abierto bonaerense del 25 de mayo de 1810, diana que hará estallar la guerra fratricida en lares platenses.

Para Salazar también urgía la hora, ya que tendría a su frente no sólo la tarea inherente a su alto cargo, sino que el solo hecho de comandar las fuerzas navales en este teatro haría de su persona y la Institución a su cargo figuras de tremendo peso en el ulterior desarrollo del conflicto, tanto en el terreno político como en los hechos de armas resultantes. Pero entrando en otras disciplinas, el nombre de Salazar llegará a alcanzar notable ribete en el inicial proceso formativo de la orientalidad (1), y en tal menester, gran parte de los historiadores uruguayos lo ubican a la altura de uno de sus antecesores más ilustres: don José de Bustamante y Guerra, quinto gobernador montevideano y comandante del Apostadero.

Sobre el periodo en que Salazar estuvo en ejercicio del mando supremo naval rioplatense, don Homero Martínez Montero ha legado una clara crónica: *El Apostadero Naval de Montevideo*, obra publicada en Madrid en 1968, por lo que en parte nos remitimos a ella. Empero, el centro de estas letras dado en referencia a la crucial importancia que tuvo la Real Armada española en el surgimiento de la mentalidad autonómica montevideana frente a la poderosa Buenos Aires, cosa que al arrastrar, con toda lógica en tal disciplina, al mismo

---

(1) El hoy territorio uruguayo era llamado desde los primeros días de la dominación hispánica como Banda Oriental, al hallarse al este de los ríos Uruguay y Plata, como contrapartida a la otra ribera occidental.

territorio oriental de los ríos Uruguay y Plata, produjo en forma inopinada un irresistible sentimiento diferencial entre las gentes de la capital virreinal y las de la marítima Montevideo.

El inicio es meramente de corte geográfico. La bahía de Montevideo es el mejor y único puerto de ultramar del Río de la Plata, y ello trajo aparejado el celo bonaerense que siempre vio con mal ojo el desarrollo marineramente de sus rivales, y ciertamente, al ser tales hechos avalados por Madrid en cuanto contencioso llegó a la Corte —con los ejemplos del Correo Marítimo, de los derechos del registro y de la jurisdicción autónoma de las fuerzas navales con frente a la autoridad virreinal—, la controversia alcanzó, a veces, tal nivel de virulencia, que bien los sociólogos señalan su igualdad con los procesos cantonales típicos de los pueblos ibéricos.

San Felipe y Santiago de Montevideo es la única ciudad capital de la América española fundada bajo la égida de la Casa de Borbón. En 1724, don Bruno Mauricio de Zabala, gobernador de Buenos Aires, erigió en la rocosa península, a la sombra del cerro homónimo, un núcleo habitado sobre los cimientos de un presurosamente abandonado punto fortificado lusitano. Al paso del tiempo, ya España no sólo debió hacer frente, en defensa de sus lares rioplatenses, a la injerencia portuguesa, sino a la cada vez más poderosa ambición británica. Lord Anson, cual un segundo Francis Drake, cruzó las aguas cercanas a la boca del Plata, en los finales del mes de enero de 1741, con proa al Pacífico, aquel lago hispano de otrora, y así la amenaza del poder naval inglés sobre el suratlántico se hará realidad sobre zonas que se hallaban al cuidado de la base montevideana. Malvinas, los estrechos australes y la propia costa patagónica señalan claramente este aserto, y por cierto, la invasión de 1806-1807, que fracasa en el intento, resulta la única derrota militar que sufren los británicos en todo el siglo XIX, lo cual no es poca cosa.

Por ende, Montevideo se hace Apostadero Naval por Real Orden del 9 de agosto de 1776, en horas en que la formidable expedición punitiva, al mando de Cevallos y Casa Tilly, caía sobre Santa Catalina, el Río Grande y la Colonia del Sacramento (2) en un verdadero paseo militar, que amenazó al mismo centro del Brasil, cosa que es detenida por la diplomacia, tratado de San Ildefonso mediante. Así, la atalaya montevideana pasaba de mera fortaleza estática —como lo deseaba Buenos Aires—, defensora de la Banda Oriental, a ostentar el rango de ser la base naval más importante del poder naval español al sur del Ecuador, siendo sus resultados inmediatos, tanto la toma de Fernando Poo y Annobón bajo soberanía (3), como el riguroso control de las islas Malvinas y sus aguas cercanas.

---

(2) Para su siglo, la expedición, al mando de Casa Tilly, con sus más de cien velas, ha sido la ostentación de poder naval más formidable que haya visto el Atlántico sur. Sólo la operación británica de 1982 para recuperar las islas Malvinas puede ser catalogada como mayor.

(3) Operación efectuada bajo el mando del capitán de fragata don Juan Varela y Ulloa, que parte desde Montevideo, en abril de 1778, con las fragatas *Santa Catalina* y *Nuestra Señora de la Soledad*.

Desde esas horas, toda la navegación propia tuvo su regazo en la abrigada bahía montevideana, y de tal menester, la ciudad-puerto y sus gentes sintieron profundamente las cosas marineras, que en parte se mimetizaron con las vivencias de los vastos campos de la Banda Oriental, mucho más allá de la jurisdicción otorgada por el virrey a la gobernación montevideana. Y este concepto resultará básico para entender lo que vendrá, y observar cómo el destino de la plaza y sus tierras se halló indisolublemente unido al pensamiento de los marinos que hallaron su hogar en la ciudad.

Para suerte de la verdad histórica, ya en la actualidad la inmensa mayoría de los analistas dan por sentado que la causa más importante del estallido que llevó a la independencia de Hispanoamérica fue la acefalía del poder metropolitano, invasión napoleónica de por medio. En tal razón, por estas tierras se arbitraron soluciones que se hallaban inscritas en las propias tradiciones hispanas para tamañas situaciones, emulándose las juntas peninsulares con las de estos territorios casi de inmediato.

El memorable día del 21 de septiembre de 1808 se produce la primera manifestación juntista de la América española con el Cabildo Abierto que se da en Montevideo. El virrey, el abnegado don Santiago de Liniers y Bremond, fue desobedecido una vez más, siendo los motivos políticos de tal decisión la sospecha de «afrancesamiento» de la autoridad bonaerense, amén de otros avatares que hacían a la ríspida controversia que agitaba ambas ciudades.

Montevideo, la regimiento denominada «Muy Fiel y Reconquistadora», hacía de este modo la más excelsa ostentación de fidelidad a la Corona hispánica, en horas graves para el Imperio. Los hombres de la Real Armada mucho tuvieron que ver en esto, y sobre sus hombros va a recaer el sostén y la defensa de la Junta, y lo harán mucho más allá del espejo de aguas propio, convirtiéndose, poco a poco, en la última esperanza.

Al darse el acceso al poder de la novel Junta bonaerense, de mayo de 1810, se iniciaba un proceso análogo al vivido dos años antes. Ahora, Montevideo desobedecería una vez más a Buenos Aires, la cual, con la casi totalidad del apoyo popular y de las garniciones, se hallaba en un marco de expresa desobediencia hacia la metrópoli. Incluso se estaba desestimando las propias intimaciones del poderoso virrey del Perú, que parecía decidido a intervenir en el Plata para yugular el proceso insurgente.



Puerta de la antigua Ciudadela de la plaza de Montevideo (siglo xviii).

Las singulares condiciones que desde siempre señalaban a la plaza montevideana hacían que ante caso tan grave, como la defenestración de Cisneros y el no reconocimiento del novísimo Consejo de Regencia gaditano, se procediera muy duramente ante los avances de Buenos Aires. Ejemplo tenemos en el frío recibimiento que tuvo el enviado bonaerense don Martín Galáin, en la sesión del Cabildo Abierto del 31 de mayo, donde se dio lectura a un documento de la Junta, con la firma de don Cornelio Saavedra, en la que se solicitaba expreso reconocimiento de dicha corporación como la heredera del mando supremo del Río de la Plata, requisito que claramente hacían constar tales letras.

No cabían dudas, bajo ninguna especie. Era nuevamente el inicio de otro conflicto entre las comunidades platenses, que se sospechaba estallaría en cualquier momento; no bastaban los oficios que los juntistas de Buenos Aires enviaban a sus pares montevideanos explicando la novel situación, y ni siquiera sirvió la trémula carta que el ex virrey hizo entregar al gobernador de Montevideo, el brigadier don Joaquín de Soria —sucesor temporal de don Francisco Xavier de Elío, de viaje en España—, relatándole las incruentas acciones del 25 de mayo y rogando para que se despejara el camino y no se produjera un doloroso enfrentamiento mientras no se abrieran las brumas que cubrían los horizontes de la vieja España.

Martínez Montero inscribe en sus páginas, a partir de este instante, la decisiva participación de Salazar en todas estas instancias, en especial sobre la visita de Galáin, que tuvo en el comandante del Apostadero a su más formidable enemigo, cosa que prontamente asumió Buenos Aires, ya que en sus aguas prestaban servicio destacamentos a órdenes del alto mando naval montevideano. Para colmo, al paso de los días comenzaron a arribar a Montevideo diversas personalidades, que huían de la capital del Plata, con informaciones desfavorables para los presididos por Saavedra, temiéndose por posibles levantamientos en el interior con efusión de sangre, dada la exaltación de los ánimos.

Obviamente, el proceso de mayo tenía intramuros de Montevideo sus simpatizantes, que en mayor medida se hallaban dentro de la guarnición. Por contraste, las fuerzas navales expresaban a pleno su incondicional apego al poder central metropolitano, sentimiento encabezado por su comandante, figura de primer plano en este tremendo período de la vida rioplatense. Y esa acérrima defensa a ultranza de que harán gala los hombres de la Real Armada, ante estas horas, se basaba en su rigurosa disciplina y patriotismo y se afirmaba plenamente en el más íntimo carácter la «Muy Fiel y Reconquistadora», ahora enfrentada a un proceso político extraño que partía desde la ex capital virreinal. Justamente desde donde se había expulsado a varios jefes navales, que se hallaban en el momento dentro de los muros de la plaza, conjuntamente con la totalidad de los buques del Rey. Y este último sugestivo aspecto marcará todo el proceso bélico que sobrevendrá rápidamente, como trágico colofón a esta rencilla entre hermanos.

Del 11 al 12 de julio, parte de la guarnición montevideana, acaudillada por algunos jefes militares de los cuerpos terrestres, más algunos civiles prominentes afectos a Buenos Aires, se puso en una situación de enfrentamiento

hacia sus mandos naturales, siendo la figura de Salazar, una vez más, decisiva para que el hecho se zanjara en forma incruenta y feliz para su causa. Algunos de los alzados son enviados presos a España, y bien se señala que esta categórica acción del comandante del Apostadero significó la apertura del fuego contra Buenos Aires, ya que pocos días después se conocen las infaustas nuevas del fusilamiento de Liniers, Gutiérrez de la Concha y otros jefes a manos de los bonaerenses, en un trágico error reconocido por los más grandes historiadores argentinos, cosa que desatará la tormenta que nada podrá detener.

Esto era un lógico desenlace de una situación política clara en la que existían dos posiciones inconciliables, enfrentadas por ello sin espacio alguno y cimentadas en un viejo contencioso que sacudirá hasta los cimientos del viejo orden hispánico, que ya nunca más estaría unido bajo un mismo color. Esto es a grandes rasgos el resultado de la invasión del corso a la metrópoli, la atomización de aquella gigantesca España americana en esta constelación de nacionalidades. Los sentimientos localistas y forales habían, finalmente, primado entre las dos ciudades plátenses, avivando el fuego de las acciones directas, complicándose el panorama por las idas y venidas de las situaciones dadas por la injerencia portuguesa, doña Carlota de Borbón, por medio, y la dual conducta británica, que pese a su condición de aliada de España, obraba en un marco difuso, aguardando el final del conflicto europeo para proseguir en sus políticas de dominación de la América hispana. Durante toda la lucha naval en aguas del Río de la Plata, la Royal Navy, de estación en estas aguas, sólo vigilaría el tráfico hacia y desde Europa, sirviendo de enlace entre Buenos Aires, Montevideo y ultramar, con intercambio de pasajeros, carga y valores, amén del vital correo imprescindible resorte para la conexión entre Cádiz y el Plata.

Si efectuamos un encuadre general de este proceso en tan álgido momento, debemos coincidir con todos aquellos analistas que indican la existencia del Apostadero Naval de Montevideo como materia que evitó el desarrollo del proceso insurreccional bonaerense, limitando sus efectos y bloqueando su salida por la mar. Asimismo, se señala a Salazar como el origen de la voluntad orgánica de tal decisión que, obviamente, está inextricablemente unida a la consideración geográfica de la posición geobloqueante montevideana y al carácter de los hombres de la Real Armada. Habían sido las fuerzas de marinería quienes desarmaron a los conjurados intramuros de Montevideo y también quienes controlaban la Colonia y Maldonado, y ahora se presentaban frente a Buenos Aires en sus aguas locatarias, ejerciendo el control de los acontecimientos.

Salazar debió extremar sus virtudes en dos frentes bien claros: el militar y el político. En el primero, mientras su presencia se contó al frente del comando, la situación general estuvo bajo control, pese a la virtual inexistencia de auxilios desde España, y en lo segundo radicó lo más difícil para el alto jefe naval, que dio nota de su sapiencia intelectual y de su acendrado concepto del patriotismo. Las idas y venidas de las horas políticas vividas en la ciudad están señaladas en la misma correspondencia de Salazar a los juntistas gaditanos, la cual bien podría abarcar un capítulo donde, en suma, no esconde sus amarguras ante la actuación de Elío, el que, finalmente, será el escollo que obrará para que el marino deba retirarse del Río de la Plata.

En octubre de 1810 se produce el arribo del mariscal de campo don Gaspar de Vigodet, novel gobernador montevideano, nombrado por el Triunvirato en horas en que los notables de la ciudad estaban dando el apoyo para que Salazar fuera nominado en ese alto puesto. Es que la enorme mayoría de la población ya intuía la posibilidad de un cerco, y por ende conocía que el mantenimiento de la plaza iba a depender de sus buques. En este caso es evidente que desde la metrópoli poco podía hacerse en beneficio del territorio dadas las pesadas razones de la guerra, y es de notar el error de enviar una vez más a Elio al Plata, hombre duro y poco maleable, atento a los momentos que se vivían, los que exigían otro tipo de manejos.

Vigodet obró aún más duramente que el propio Salazar, ya que comisionó al capitán de fragata don Juan Ángel de Michelena al río Uruguay y el Paraná para cerrar esas vías a los bonaerenses, conociendo que la Junta del Paraguay se hallaba en franca oposición contra Buenos Aires, y así intentar acorralar a la insurgencia en su propio feudo.

Empero, llega una vez más la hora de Elio, quien arriba el 12 de enero de 1811 con dos buques y 500 hombres de refuerzo, trayendo el título de virrey del Río de la Plata, entrando ya los acontecimientos en un torbellino final. Un mes después se declara la guerra total contra Buenos Aires, mientras ya se advierten signos del levantamiento de la campaña oriental, la cual se hará realidad bajo la dirección del caudillo don José Artigas, quien prontamente, bajo el inmenso prestigio de su nombre, recibe el apoyo casi total del interior de la Banda Oriental, poniéndose sitio a la ciudad de Montevideo (4).

En estos tremendos meses en que la guerra fratricida ya desangraba en su totalidad a las tierras platenses, Salazar debió hacer pesar su opinión en los tejes y manejos que se dieron en torno a la figura de doña Joaquina Carlota de Borbón, que desde Río de Janeiro, y haciendo ostentación de ser la hermana del «Deseado», pretendía poner pie en el Río de la Plata mediante la intrusión de las armas lusitanas. Aquí se nos aparece rutilante la figura histórica del marino, defensor acérrimo de la integridad hispánica de la Banda Oriental, de la cual se sabía conocedor, como vemos en este manifiesto, haciéndose eco del sentir de las gentes de este lar. Luego, debe presenciar las negociaciones que abre Elio con Buenos Aires, que precipitan el armisticio del 20 de octubre de este año, cosa que acentúa aún más profundamente las desavenencias con el virrey. La sola lectura de su carta de fecha 13 de septiembre de 1811 al Consejo de Regencia, donde informa de las condiciones de paz con Buenos Aires, nos da idea del alcance de su pensamiento geopolítico y del tenor de sus apreciaciones sobre el temido futuro que sobrevendrá en la región.

En las reuniones previas a la firma del referido armisticio no hay certeza de que Salazar haya estado totalmente en contra de las ideas de Elio. Pero no hay duda de que el desarrollo posterior de los acontecimientos fue tan desafortunado para los intereses de Montevideo como para los propios pobladores de la Banda Oriental, invadida por un ejército portugués que se dedicó a talar los

---

(4) La consecuencia inmediata de esta situación es la batalla de Las Piedras, victoria artiguista sobre un conjunto de tropas peninsulares al mando del capitán de fragata don José de Posadas. Este hecho hace aún más cerrado el sitio montevideano.

campos y arrear ganados al Brasil, con la única oposición de las partidas artiguistas. Todo esto, pese a que una de las cláusulas del armisticio había solicitado la evacuación del territorio por los intrusos del norte. Realmente, este documento, precipitadamente signado por Elio, tal cual su mismo carácter, sólo sirvió a los intereses de Buenos Aires, dando a la insurgencia un respiro —salvo a las gentes de Artigas— que fue bien aprovechado para hacerse de una escuadra, con la que tomarán el control del Río de la Plata, precipitando la capitulación montevideana del 20 de junio de 1814 (5).

Pero ya a esta altura no estaba Salazar en el Plata. En enero de 1811 la Regencia lo nombraba gobernador Militar y Político de Montevideo, siendo esta designación un honor similar al de su antecesor: don José de Bustamante y Guerra. Empero, con tal título, Salazar poco podía hacer ante la fuerte figura del virrey Elio, quien absorbía para sí todos los resortes del poder, y ya vemos en qué malhadada forma, por lo que el marino, en sucesivas cartas a la Regencia, solicita indubitablemente el abandono del cargo y su vuelta a España, cosa a la larga autorizada. En el mes de octubre parte hacia la península, dejando detrás una coyuntura cada día más adversa. En noviembre de 1814 se le comisionaba a Río de Janeiro «a indagar el estado de las provincias del Río de la Plata», o sea, cuando ya nada había más para hacer, pues estas tierras ya se hallaban perdidas para el dominio peninsular (6).

La moderna investigación histórica, en la medida de lo posible, no debe aplicar conceptos del presente; por ende, el análisis debe guiarse en un ejercicio de empatía que supere el valladar de los sentimientos políticos. Ante este aserto, bien debemos expresar que la presencia de España en el Plata ha sido profusamente analizada en decenas de tratados, y para suerte de los tiempos que vendrán, ya en aras de una integración regional, ha surgido una novel generación de historiadores iberoamericanos que se hallan inmersos en la regeneración de los estudios de la mal llamada «época colonial».

En esta exégesis hay tres factores que poseen un peso histórico inalterable para esta parte de la América meridional: España, Montevideo y el Río de la Plata. La superposición de estos tres elementos posibilita primero la identidad hispánica de los pueblos platenses, aventando las intrusiones de los rivales europeos, y luego, por imposición de la geografía y la acción socio-política de diversos factores, surge la especial diferenciación entre las comunidades de Buenos Aires y Montevideo. Aunque tal sentimiento cantonal no fue impedimento para que, cada vez que el Imperio o el territorio se hallara en guerra, todo fuera dejado de lado en defensa de la soberanía del Rey, y esto fue sufrido y saludablemente entendido por lusitanos y británicos a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX.

---

(5) Del 14 al 17 de mayo de 1814 se da en aguas de Montevideo un combate naval, en el que la flotilla, al mando del capitán de navío don Miguel de Michelena, es derrotada por otra similar, al mando del marino irlandés don Guillermo Brown.

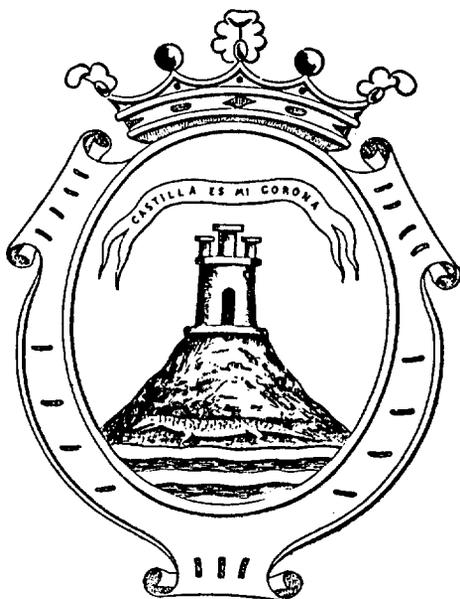
(6) Salazar fallece en Río de Janeiro en el año 1818, con la jerarquía de brigadier de la Armada.

Puerto, pradera y frontera, así es definida la Banda Oriental por los sociólogos uruguayos. Frontera, ya que esta tierra fue, gracias al avance extranjero, una suerte de Marca Hispánica durante los 298 de España en el Plata; pradera, merced a la riqueza ganadera que halló en las pasturas orientales un verdadero vergel, y puerto, base para la misma organización del territorio y portalón de ingreso desde ultramar para la comunicación con el resto de la España.

San Felipe y Santiago de Montevideo y su apostadero naval fue preciso modelador de una nacionalidad que sólo hallará su concreción ya bien adentrado el siglo XIX; pero que fue cincelado por la acción independiente del comercio marítimo y el pensamiento de los marinos que se hallaron al frente de los destinos del primer puerto rioplatense.

En el año 1828, la Convención Preliminar de Paz, bajo el auspicio británico, daba nacimiento al que inicialmente se bautizó como «Estado de Montevideo», que luego, con más lógica, pasó al título de República Oriental del Uruguay, una de las últimas naciones sudamericanas en obtener su absoluta independencia (7).

Bajo tal marco, debemos señalar que las filosofías políticas imperantes, al menos hasta ese momento en la Banda Oriental, jamás habían siquiera asumido la total independencia del resto de las provincias hermanas del ex virreinato del Río de la Plata. Más bien al contrario, pues, don José Artigas —sin duda, de todos los caudillos libertadores de la América del Sur, el más genuino arquetipo del caudillo rural hispánico, tal cual sus antepasados del viejo Aragón— fue durante toda su vida activa un luchador por las ideas del federalismo y neto defensor de los fueros provinciales contra las políticas centralistas de la poderosa Buenos Aires. Pero nunca soñó con una Banda Oriental absolutamente independiente y escindida del resto rioplatense. Finalmente, el desarrollo de los acontecimientos que señalamos en la sucinta cronología que se adjunta llevaron a la independencia, auspiciada por una siempre interesada Inglaterra, pero hecho que, en gran parte, tuvo su base en esa cadena de sentimientos, cuyo origen se da en la época hispánica con su lucha de puertos.



(7) Junto a la República del Ecuador.

«La presencia del Apostadero Naval de Montevideo y la actuación de su jefe, de mayo de 1810 a octubre de 1811, modulan los perfiles iniciales de la desvinculación de la Banda Oriental de su secular dependencia de Buenos Aires» (8). Valiente expresión del más claro analista de esta época, que esclarece ese proceso sociológico de división que sufrió el Plata entre sus orillas. El examen crítico de todo este periodo hace ver cuánto debe la Banda Oriental a las vivencias marineras y a aquellos jefes que, como Salazar, pese a no ser oriundos de estas tierras, sintieron profundamente las necesidades y derechos de las poblaciones de este rincón de la España americana. Quien no lo asuma puede recurrir a los archivos de la Madre Patria y poner ante sus ojos, por ejemplo, la correspondencia habida entre estos marinos y las autoridades peninsulares.

Eliseo Álvarez-Arenas nos habla de la imposición de la geografía por conveniencia del comercio y la estrategia, en lo referente a la conciencia del español ante la mar. Bien puede valer la proyección de esta idea a los territorios orientales del río Uruguay, dado este hecho concreto que fue la marítima Montevideo, cabeza orgánica de la Banda Oriental y primera base naval hispana sobre el suratlántico. Siguiendo bajo esta retrospección histórica, podemos visualizar a Vespucio y Solís cruzando las pardas aguas platenses con sus carabelas descubridoras, esos mismos buques que fraguaron la primera talasocracia occidental moderna y crearon aquel imperio atlántico que también fue el primero, del cual la Banda Oriental, gracias a la magnífica ubicación de la bahía montevideana, fue importante mojón.

Aquella virtual *Pax Hispanica* que rigió el continente americano durante 300 años tuvo en la Real Armada su númen y su sostén, y cuando éste fue yugulado y esa unión atlántica se transformó en un muro por la invasión de la metrópoli y la carencia de buques hubo personalidades, de la talla de un José María de Salazar, que intentaron con abnegación e inteligencia detener los procesos disolventes. A tales hombres, a todo lo ancho de esta Iberoamérica, mucho se les debe y en este caso no está exento el Uruguay, cuya conformación, como vemos, está indisolublemente unida a la historia de la Real Armada española.

---

(8) *El Apostadero de Montevideo*. Capítulo V, página 146. Como hecho poco creíble, el nomenclátor de la ciudad de Montevideo no honra al brigadier Salazar, a tanto llegó el poco estudio de tamaña época.

CRONOLOGÍA

- 1509.—Américo Vespucio navega sobre la zona del Río de la Plata.  
 1516.—Juan Díaz de Solís descubre «oficialmente» el río que llevará su nombre y desembarca en el llamado «puerto de La Candelaria», sin duda Montevideo.  
 1519.—La armada de Magallanes en el Plata.  
 1527.—Sebastián Gaboto funda en la costa uruguaya el fuerte de San Salvador, primer establecimiento europeo en esta tierra.  
 1536.—Don Pedro de Mendoza funda la ciudad de Buenos Aires por vez primera.  
 1580.—Don Juan de Garay refunda Buenos Aires.  
 1618.—Se crea la gobernación del Río de la Plata.  
 1680.—Los portugueses fundan la colonia del Sacramento frente a Buenos Aires.  
 1724.—Fundación de Montevideo.  
 1776.—Apostadero Naval de Montevideo.  
 1806-1807.—Invasiones inglesas.  
 1808.—«Junta del año VIII» en la ciudad de Montevideo. La primera del continente.  
 1810.—Cabildo Abierto del 25 de mayo en Buenos Aires. Caída del virrey.  
 1810.—Montevideo desconoce a la Junta bonaerense en el mes de junio.  
 1811.—Elio, virrey del Río de la Plata. Montevideo, capital de virreinato.  
 1811.—En febrero se insurrecciona la Banda Oriental al mando de don José Artigas. Primer sitio de Montevideo.  
 1811.—Ante el armisticio entre Elio y Buenos Aires, Artigas levanta el sitio y se retira al Ayuí, 500 kilómetros al norte de Montevideo, en la epopeya llamada «Éxodo del Pueblo Oriental».  
 1812.—Ruptura del armisticio. Segundo sitio de Montevideo.  
 1814.—Capitulación de Montevideo y comienzo de los conflictos entre Artigas y la centralista Buenos Aires.  
 1820.—Artigas se retira al Paraguay, derrotado por bonaerenses y portugueses.  
 1825.—La Banda Oriental bajo el imperio de Brasil. Levantamiento de los 33 orientales y comienzo de la lucha entre «republicanos e imperiales». Unión de la Provincia Oriental con las restantes de la Confederación Argentina.  
 1827.—Batallas de Juncal e Ituzaingó, victorias rioplatenses.  
 1828.—Ante el empantanamiento de la situación interviene Gran Bretaña y se produce la Convención Preliminar de Paz. Independencia de la Banda Oriental.  
 1830.—República Oriental del Uruguay.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO ACEVEDO, Pablo: *El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*. Montevideo, 1935.  
 CAILLET BOIS, Teodoro: *Historia Naval Argentina*. Buenos Aires, 1944.  
 CRAWFORD, Leslie: *Uruguay atlanticense*. Montevideo, 1973.  
 H. D.: *Historia Patria*. Montevideo, 1949.  
 MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *Montevideo nació en el mar*. Montevideo, 1978.  
 MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El Apostadero Naval de Montevideo*. Madrid, 1968.  
 Hoja de servicios y papeles referentes al brigadier don José María de Salazar, del Archivo-Museo «Álvaro de Bazán», Viso del Marqués (Ciudad Real).